



Ilustración: LOREDANO

EL CAMINO DIFÍCIL

FERNANDO SAVATER

Desde los tiempos de Zola en el asunto Dreyfuss (quizá incluso desde los de Voltaire en el caso Calas), consideramos que un “intelectual” es un hombre de letras o un artista que no se limita a ejercer su oficio sino que se involucra en el debate político y social. Pretende denunciar injusticias, movilizar conciencias ciudadanas y ayudar a ilustrarlas, proponiendo y apoyando soluciones a los males de la comunidad. No siempre es una tarea sencilla ni carente de riesgos personales. Tampoco agradecida, porque quien se pronuncia se arriesga al

malentendido y se gana indefectiblemente animadversiones. Sobre todo si no se refugia en las alturas de la generalidad sino que desciende a adoptar posturas definidas en situaciones concretas. Solo los que pontifican ante lo infinito pero sobrevuelan silenciosamente lo cotidiano aciertan siempre...

Hay intelectuales que se chupan el dedo y lo alzan mojado para ver de dónde sopla el viento mayoritario. De ese modo no suelen equivocarse con lo que conviene (a ellos, no a la sociedad) y nunca renuncian a bogar a favor de lo que

cuenta con más poder efectivo o más simpatías demagógicas. Serán gubernamentales cuando les sea rentable y antigubernamentales cuando beneficie a su carta de recomendación. Siempre pisan donde pisan los ángeles, nunca donde las criaturas celestiales no se atreven a poner ni la punta del pie. Este es el camino fácil y más seguro: el que marcan los ángeles, sean de exterminio o de beneficencia. Hay otro camino, en cambio, más difícil, aquel que los ángeles de la oportunidad nunca se atreven a transitar, el de quienes marchan luciferinamente solos, por su cuenta y riesgo, sin más luces que las de la siempre cuestionable inteligencia propia. Apoyan causas impopulares y se afilian a partidos en los que no creen del todo: aceptan los inconvenientes de pensar, lo que se llamó en su día compromiso. Al intelectual honrado se le conoce porque se equivoca con frecuencia y en su perjuicio, frente a los farsantes que aciertan siempre... al menos en cómo no dejar de gustar a su clientela.

Javier Pradera fue un intelectual comprometido con el camino difícil. Se arriesgó a desagradar y a remar contra el viento... o a favor de vientos que desagradaban a muchos. Puso al servicio de la modernización de la izquierda –que creía posible y necesaria– su impresionante bagaje cultural y también su zarandeada experiencia política. Como diría Borges, no había leído ni vivido en vano. Muchos le consideraron sectario porque nunca disimuló su desconfianza crítica respecto a la derecha española, lo cual no quiere decir que le entusiasmara precisamente cuanto veía en el bando opuesto. Le pasaba como a otros, entre los que me cuento: no le gustaba mucho de lo que la izquierda hace o dice, pero aún le gustaba menos lo que la derecha *es*. Lo cual no le impidió nunca conocer muy bien y valorar las obras de Jean-François Revel, Mario Vargas Llosa y otros liberales razonantes. Apreciaba la controversia y los buenos argumentos incluso contra las opiniones que hacía suyas.

Precisamente por eso se nos ocurrió la idea de una revista. A ambos nos fastidiaba que la imprescindible concisión periodística obligara demasiadas veces a comprimir la argumentación de fondo de un tema interesante en cuatro o cinco pinceladas. Creímos oportuna una revista que sirviese de complemento y ampliación a los artículos de opinión de *El País* sin olvidar tampoco la actualidad cultural entendida con la mayor amplitud posible. Más espacio, menos premura pero idéntica atención a temas del momento por uno u otro motivo. Así nació *Claves de Razón Práctica* que ya ha cumplido de largo los veinte años. Naturalmente el director

efectivo era Javier, aunque quiso por pura amabilidad que yo compartiese con él la cabecera. Y no puedo imaginar persona más adecuada para la tarea, porque su curiosidad omnívora y su instinto de editor excepcional le permitían calibrar cada artículo recibido, separar la paja del grano, dar a un autor si era preciso los consejos pertinentes para mejorar su contribución, etcétera. Y por añadidura ocuparse de la composición, las ilustraciones, la tipografía de la portada y todo lo que quepa imaginar. Nunca se cansaba de trabajar en lo que le interesaba ni creía que hubiese cuestiones menores, y por tanto desdeñables, si afectaban a la eficacia del conjunto. Guió con mimo esta revista que empezamos de modo casi oficioso y a la que al final fuimos cogiendo cariño.

Javier Pradera fue un intelectual comprometido con el camino difícil. Se arriesgó a desagradar y a remar contra el viento...

De los consejos de redacción de *Claves* –una trinidad *non sancta* completada por la dilecta y eficaz Nuria Claver– solo recuerdo que decidíamos pronto, porque Javier llevaba bien estudiado el tema y respetaba hasta el exceso las opiniones que yo aportaba: antes, entre tanto y luego, nos reíamos mucho. A veces comentábamos que la gente se sorprendería de saber lo mucho que nos divertíamos haciendo una revista seria. Pero, claro, más vale no proclamarlo porque en nuestro país todo lo que se hace sin fruncir el ceño y sufrir enormemente es cosa menor, hasta despreciable.

¿Qué más cabe decir? A su muerte han aparecido en nuestro periódico, el suyo, encomios agradecidos de amigos y colaboradores. El resto de la prensa ha sido en el mejor de los casos parca y en alguno peor, puerca. Mucha sordina, como si abundasen en la edición, el análisis político y el periodismo otros de su categoría o mejores. Pero es el mal de este país, la mezquindad casi ridícula a la hora de reconocer méritos a quienes no son de nuestra cuerda. Javier Pradera, que conocía muy bien el paño de que estamos hechos, lo hubiera comprendido y probablemente disculpado. Hasta habría probablemente inventado algún chiste, que ya nos quedaremos sin conocer. Otra razón más para echarle de menos. ■

VEINTIÚN AÑOS CON JAVIER PRADERA

NURIA CLAVER

Escribo a sabiendas de que incumplo una de las claves que regían el buen hacer de Javier Pradera: la discreción. Pero es justo que antes de enviar a imprenta este número que con tanto celo y esfuerzo concibió y revisó, rindamos homenaje a quien fue el alma de esta publicación.

Todavía están sobre mi mesa las galeradas que corrigió la última semana de su vida, en las que marcó cambios, sugerencias para títulos, saltos de párrafo, comas y sus imprescindibles punto y coma, que utilizaba con exquisita precisión. Así lo hizo, artículo por artículo, desde el número uno de la revista.

Son las galeradas del número 218. Han pasado 21 años desde la fundación de *Claves de Razón Práctica*; en palabras de uno de nuestros lectores, Daniel Guerrero Bonet, que envió una carta de reconocimiento por el número 200: “Veinte años informando de ideas, libros y cultura es para congratularse y felicitar a la revista. Son claves para entender lo que pasa y para cargarnos de razones para la esperanza”. Dos décadas de conversaciones diarias sobre temas, textos, autores, caricaturas, ilustraciones, títulos, portadas. La de este número la dictaba dos días antes de su muerte.

Cuando me incorporé, en la primavera de 1990, no podía imaginar que una gran parte de mi vida profesional iba a transcurrir junto a quien, para mí y todos mis compañeros de generación, era un mito: el creador de aquella magnífica colección de libros que en nuestros tiempos de universitarios guardábamos en los bolsillos del abrigo. Ni que formaría parte de un proyecto tan importante para el pensamiento español contemporáneo, como expresaba recientemente en una carta de agradecimiento uno de nuestros colaboradores, Roberto L. Blanco Valdés: “El día que se escriba la historia de nuestra democracia, la de las dos últimas décadas, será incomprensible sin contar con la inmensa contribución de *Claves de Razón Práctica* al debate intelectual español. Ningún asunto relevante en la esfera nacional o internacional, ningún gran problema político, económico, social o cultural ha quedado excluido. En sus páginas han encontrado cobijo no solo quienes tienen opiniones diferentes sino también colaboradores apenas conocidos y figuras destacadas dentro y fuera de las fronteras españolas. La única exigencia es que tuvieran algo que decir. Por eso desde *Claves* se han dicho tantas cosas y por eso tantos lectores han prestado atención a sus páginas que, forman hoy, en su conjunto, la gran enciclopedia de los últimos veinte años del pensamiento crítico español”.

Fue un gran maestro. Su principal enseñanza: el amor al trabajo. Cada número de la revista era para él un reto que afrontaba con la máxima responsabilidad. No descansaba

hasta que todos, él en primer lugar, habíamos “hecho los deberes”. Cada artículo era objeto de un análisis metódico: contrastaba fechas, citas, epígrafes, notas, referencias bibliográficas. Todo debía estar en orden; la información perfectamente clasificada y completa. Y su mirada siempre se detenía donde había la más mínima errata en la gramática, el lugar, el tiempo, el concepto. Leía y corregía; leía, corregía, leía..., editaba al milímetro.

Con idéntico esmero había creado su extraordinaria personalidad, fruto de algo más que una mente maravillosa. Exigente e intolerante con lo trivial, era comprensivo y generoso en lo importante y lo vital. La amistad y el sentido del humor eran para él valores primordiales, siempre explícitos en las inolvidables reuniones editoriales en las que, junto a Fernando Savater, las conversaciones de gran profundidad se alternaban con los comentarios más ocurentes y divertidos sobre cualquier cuestión de la actualidad.

Cada número de la revista era para él un reto que afrontaba con la máxima responsabilidad. No descansaba hasta que todos, él en primer lugar, habíamos “hecho los deberes”.

Su sardónica sonrisa guardaba los secretos de su sabiduría. Su mirada parecía reservar el sentido de sus frases inacabadas, esas que te llevabas a casa para descifrarlas con tiempo, como enrevesados jeroglíficos. Sus parámetros mentales se alejaban de la normalidad. Cuando comunicaba algo, obligaba a realizar un gran esfuerzo: deducir, por alguno de los términos que construían la frase, el tema al que se estaba refiriendo. Si el interlocutor acertaba a la primera, mostraba su contento; si no, hacía un gesto de reproche, como diciendo: “¿En qué estará pensando?”. Sorprenderle era difícil. Si le exponías alguna idea, ya la había considerado por todos sus costados, pero si no lo intentabas, urgía a hacerlo: “¡Pero dime, dime, cuál es tu opinión..., no me des la razón como a un loco!”. Era curioso. Quería noticias frescas: “¡Cuéntame cosas, cuéntame cosas!”.

Nunca daba su brazo a torcer ni su sonrisa para complacer, pero su risa estallaba si alguien lograba recorrer el intrincado laberinto de su pensamiento y rozar alguna de sus ideas.



Ideas, ideas, ideas... Siempre estaba ansioso de nuevas ideas, de conclusiones que le interesaran. Cuando aparecían en los artículos que recibíamos, lo celebraba con alegría y disfrutaba al editarlas y publicarlas.

Hoy decimos adiós a Javier Pradera desde estas páginas del número 218 de *Claves de Razón Práctica* que corrigió con su último aliento. Quiero manifestar aquí el pesar por su pérdida y el agradecimiento por haber trabajado con él durante estos 21 años, en los que tuvo a bien, además, desvelarme el valor de sus verdaderas claves: el trabajo bien hecho, el rigor y la discreción. ■

Ilustración: SERGIO JIMENEZ